

***Matar un ruiseñor:* el periodismo silenciado**

“Los ruiseñores solo se dedican a cantar para alegrarnos. No estropean los frutos de los huertos, no anidan en los arcones del maíz, no hacen nada más que derramar su corazón, cantando para nuestro deleite. Por eso es pecado matar un ruiseñor”.

HARPER LEE

El pasado febrero, el mismo en que nos dejó la autora de *Matar un ruiseñor*, la sección española de Reporteros Sin Fronteras (RSF) presentó el informe anual 2015 sobre la situación del periodismo en el mundo. Cifras y datos revelan que son muchos los que quieren matar al periodista, como a los ruiseñores. No es la primera ocasión en que *Razón y Fe* pone el foco en esta realidad. Hace ya una década, el asesinato de Anna Politkóvskaya, la periodista rusa que denunció los excesos cometidos desde el poder en la guerra chechena, nos llevó a analizar el informe de RSF de 2005, que confirmaba 1.300 agresiones, un millar de medios de comunicación censurados, 63 periodistas y cinco colaboradores asesinados, y 137 encarcelados. Otras fuentes, como la Federación Internacional de Periodistas, consideraba aún más grave la situación: 150 periodistas y trabajadores de los medios muertos en el ejercicio de su trabajo, víctimas de catástrofes naturales, o en accidentes, 89 de ellos asesinados. La situación actual, lejos de mejorar, es cada vez más grave, más extensa y el periodismo está cada vez más amenazado; lo que nuevamente nos impone el deber moral de denunciarlo porque el silencio nos haría cómplices.

La extensión de la amenaza

El análisis del mapa del informe de RSF que representa las zonas donde el periodismo es una profesión de alto riesgo porque puede significar el asesinato, el secuestro, la tortura, el encarcelamiento o la mordaza; refleja que la tendencia a acallar su testimonio y con mayor crueldad es creciente, y no solo donde existen conflictos armados. En África, Asia, América y Oriente Medio se manifiesta esta situación con especial grado de violencia; pero también en Europa hemos sido testigos del asesinato de los periodistas de *Charlie Hebdo* en París, reivindicado por Al-Qaeda de la Península Arábiga, cuando creíamos estar a salvo en nuestra zona de confort, de democracia y libertad. Como denuncia RSF,

“si desde 2005 al menos 787 periodistas fueron asesinados debido a su profesión, este año se ha probado la muerte de 63 periodistas por causas relacionadas con el ejercicio del periodismo, pero más de 40 han sido igualmente asesinados sin que se conozca todavía el motivo de su muerte; a los que hay que añadir 19 internautas y 6 colaboradores de medios”.

En el año 2015, los encarcelados ascienden a 155 periodistas, 162 internautas y 14 colaboradores. Estas cifras pueden parecer mínimas en relación con las muertes por catástrofes naturales, pobreza, desamparo de gran parte de la población mundial; pero tienen implicaciones que trascienden el número de víctimas, porque silenciar a quien considera que su deber es informar sobre lo que ocurre, tanto en zonas de guerra como de paz, significa no solo acabar con la libertad de expresión sino hurtar a la sociedad el acceso a la verdad de lo que sucede, con lo que se favorecen la impunidad de los injustos y la banalidad del mal.

La Clasificación Mundial de la Libertad de Prensa en el Mundo 2016, elaborada por RSF desde 2002, sitúa en el extremo positivo a Finlandia, al que siguen en la zona segura de “buena situación”, dieciséis países, la mayoría del Occidente europeo; y en el negativo, el llamado “trío infernal de la tabla” compuesto por Corea del Norte, Turkmenistán y Eritrea, precedidos por otros quince países de “situación muy grave”, entre ellos Siria, China, Irán o Arabia Saudí. Las franjas intermedias son las que cuentan

con mayor número de países, lo que indica la preeminencia global: 58 países en "situación difícil" (puestos 114-162) y 59 con "problemas significativos" (54-113). España, en el puesto 34, casi encabeza la franja de los 36 países con "situación más bien buena". En otras palabras: solo garantizan la plena libertad de prensa y la seguridad del periodista menos de veinte países en el mundo, una realidad escandalosa.

Las regiones más inhóspitas para el periodismo

Las regiones del Magreb y de Oriente Medio "siguen siendo las más difíciles y peligrosas del mundo para los periodistas. En numerosos lugares se encuentran atrapados entre las diversas facciones: beligerantes, grupos radicales y Estados con un comportamiento extremo, a menudo adeptos a estrategias del terror". En el continente africano prácticamente no existe la libertad de prensa, los periodistas son "el enemigo" para los terroristas y para quienes emprenden la lucha antiterrorista desde las instancias políticas. En la clasificación mundial Sudán del Sur, sumido en una guerra civil desde 2013, muestra la peor evolución, con pérdida de 15 puestos; pero no le van en zaga en la caída países como Burundi, Malí, Nigeria o Congo. La única excepción continental es Namibia, el mejor clasificado, con una constitución que garantiza la libertad de prensa y donde los periodistas se sienten seguros. La situación ha mejorado en Túnez y en Ucrania con ascensos de, respectivamente, 30 y 22 puestos; pero la tendencia general es la creciente gravedad.

El mismo informe indica que los países latinoamericanos más sanguinarios son México, Brasil, Honduras y Guatemala, con 21 periodistas asesinados, aunque estas cifras no reflejan la realidad de muchos más crímenes no esclarecidos ni castigados. En "situación muy grave" se sitúa al periodismo en Cuba, a la que siguen, con un constate deterioro de la libertad de prensa, México, Venezuela, Honduras y Colombia. En el continente la extensión de la violencia ejercida contra el periodista disidente no se debe a conflictos bélicos, sino al narcotráfico y al narcoterrorismo, en connivencia con ciertos políticos; y al

populismo demagógico que la ejerce con la fuerza que da el control del poder, la anulación de la independencia judicial, la corrupción generalizada, la impunidad, en supuestas pero muy endebles —apenas formales— democracias. El crimen organizado en cárceles, los grupos paramilitares y la impunidad hacen que a quien ejerce el periodismo de investigación en México, Colombia o América Central le espere muchas veces una muerte horrorosa con decapitaciones, desaparición, secuestro. La enumeración de hechos concretos sería interminable.

La crueldad del yihadismo

Todos los informes coinciden en que el grado máximo de extensión y crueldad en el ataque a la libertad de expresión y al periodista que intenta ejercerla corresponde al fundamentalismo islamista, que impone el terror dentro y fuera de sus fronteras. El yihadismo ha empleado en 2015 formas nuevas y verdaderamente escalofrantes de silenciar al periodismo, difundidas a través de las redes sociales con un propósito de intimidación al mundo entero. Las imágenes de reporteros secuestrados a los que terroristas del *Daesh* someten a la humillación de difundir sus peregrinas proclamas medievales y luego asesinan ante la cámara, degollándolos, quemándolos o rematándolos, golpean nuestras conciencias, hieren nuestra sensibilidad, nos atemorizan, con lo que el siniestro objetivo del terror parece cumplirse. Secuestran periodistas extranjeros para obtener rescates, sembrar el terror y como propaganda, con videos, fotografías, televisión y radio elaborados con una calidad técnica que estremece, difundidos por redes sociales y cuentas en Internet. Baste recordar la macabra puesta en escena de los ajusticiamientos del reportero japonés Kenji Goto y de los periodistas cuyos países no aceptan pagar el rescate.

Boko Haram (literalmente “la pretenciosidad es anatema”, interpretado como “la educación occidental es pecado”) en Nigeria, Camerún, Chad, Níger y Malí; o Al Shabab en Somalia han asesinado tantos periodistas que consiguieron un apagón informativo sobre estas regiones, sometidas a su extrema

brutalidad. En Irak y Siria el terrorismo yihadista ofrece un balance desolador, con 28 informadores asesinados y 54 secuestrados; en Alepo los reporteros se encuentran atrapados en el fuego cruzado de Bashar al-Assad y las milicias rebeldes; y en Raqqa, quienes han informado de decapitaciones, torturas, crucifixiones o desmembramientos de civiles fueron asesinados o han tenido que huir. Las milicias hutíes de Yemen, que tomaron su capital Saná sembrando el pánico, asesinaron a cinco periodistas y tres colaboradores pero hay más de veinte desaparecidos; en Libia, un estado fallido con dos gobiernos, uno apoyado por milicias islamistas y otro por la comunidad internacional, periodistas y habitantes se ven obligados a huir hacia Europa a riesgo de sus vidas y sometiéndose a las vejaciones de las mafias. En Afganistán los periodistas sufren la violencia de los talibanes y de los agentes estatales, y son torturados —aunque el Servicio de Inteligencia emitió en junio orden de prohibición de la tortura—, mueren durante los ataques o se ven obligados a huir de sus hogares. Amnistía Internacional (AI) recoge el testimonio de Nai, organización que velaba por la independencia de los medios de comunicación en Afganistán según la cual “se produjeron 73 agresiones contra periodistas y trabajadores de medios de comunicación, la mayoría a manos de funcionarios nombrados por el gobierno o de representantes elegidos”. Por supuesto, no se investigó a las personas sospechosas y, como única respuesta, el Parlamento reformó la Ley de Medios de Comunicación y limitó la libertad.

El derecho a la información está secuestrado, como los islamistas secuestran a jóvenes, muchachas, estudiantes y periodistas; y el radicalismo religioso avanza, inexorable, con su carga de muerte, violaciones, atentados, secuestros, torturas, exilio, encarcelamiento, y la validación de imanes y gobiernos: en Irán y Arabia Saudí, quienes se atreven a levantar la voz contra el régimen son castigados con latigazos, cárcel o pena de muerte. De nada sirvieron las peticiones de organismos internacionales para liberar al bloguero Raif Badawi de latigazos y cárcel “por insultar al islam” por ser el creador del sitio web *Liberales Saudíes Libres*, que las autoridades cerraron; ni para evitar la ejecución de 47 personas en enero. Tres jóvenes chiíes que fueron detenidos

cuando eran menores esperan la misma suerte. En Irán, una de las mayores prisiones del mundo para los informadores, siguen encerrados en condiciones inhumanas 18 periodistas y 20 internautas.

El silencio y la represión impuestos por el poder

La mordaza impuesta políticamente también silencia periódicos, radios, canales de televisión; impide el acceso a Internet, mantiene la persecución y el acoso constante que recomiendan el exilio. El poder no admite críticas, por eso, en Angola Rafael Marques de Morais, periodista que defendía los derechos humanos y luchaba contra la corrupción, fue declarado culpable de difamación por publicar en 2011 su libro *Diamantes de sangre*, en el que acusa a generales del ejército y a dos empresas mineras de complicidad en los abusos cometidos en los yacimientos de diamantes de la provincia de Lunda Norte. Paradigma del rechazo de cualquier atisbo de crítica, no el único, es la China comunista donde se juzga a los periodistas críticos a puerta cerrada, sin garantías, se blindan los asuntos de corrupción, se diseñan estrategias de difamación contra la prensa extranjera y se realizan ejecuciones extrajudiciales. Aunque cínicamente el gobierno proclama que se respetan los derechos humanos, mencionar Tiananmén puede significar prisión o algo peor. El silencio informativo es absoluto en Corea del Norte, con el horror impuesto al conjunto de su sociedad cautiva: no hay periodistas, solo panegiristas del régimen que deben aplaudir cuando el autócrata lo insinúe.

La lucha contra el terrorismo ofrece a totalitarismos y autócratas la excusa perfecta para restringir o anular los derechos fundamentales. Egipto, Marruecos, Rusia forman parte de una larga nómina en la que destaca Turquía, que encarceló al mayor número de periodistas en 2015, entre ellos al director del diario *Cumhuriyet*, Can Dündar, y a su representante en Ankara, Erden Güll, acusados de pertenecer a "una organización terrorista" y de divulgar secretos de Estado. De los excesos cometidos por el Kremlin para doblegar a los medios, Al ofrece una extensa relación: fuerzas de élite del Ministerio del Interior armados

y enmascarados que allanaron y cerraron medios en Crimea; cancelación de licencias o cierre de canales de televisión independientes; periodistas y sus familiares amenazados, detenidos e investigados por las autoridades; ataques y asesinatos de periodistas que continúan sin ser investigados, amenaza de bloqueo de acceso a webs, como *Wikipedia*, registro de un centenar de ONG como "agentes extranjeros", etc. Todo ello y mucho más muestran la perduración del férreo control soviético contra la prensa no oficial.

Los gobiernos populistas del eje bolivariano en Latinoamérica han dado muestras inequívocas de desafecto hacia las voces críticas, incluyendo en la lista de los enemigos "desestabilizadores" a los periodistas. Con una voluntad acérrima de aferrarse al poder, ignorando desde hace años las advertencias de la Organización de Estados Americanos, las medidas cautelares de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) e incluso el dictamen electoral, el presidente venezolano, Nicolás Maduro, no pierde ocasión de acusar a los medios de comunicación extranjeros de emprender una "campaña internacional" contra Venezuela. No es el único que se vale de la prensa y de los medios oficiales para señalar como objetivos a destruir a los periodistas no afectos: son los "pseudoperiodistas" para el presidente de Honduras Juan Orlando Hernández; "los voceros del imperialismo", para el ecuatoriano Rafael Correa en su programa "Enlace ciudadano"; los promotores de una campaña de "terror psicológico", según el de Salvador, Sánchez Cerén; y hasta no hace mucho, los "enemigos de la patria" en las proclamas de Cristina Kirchner en Argentina. Los largos discursos televisivos castristas y chavistas imitados por estos y otros "caudillos" americanos son el medio de difamación, señalamiento y persecución; pero además constituyen el modo de hurtar la palabra al periodismo de modo que solo se escuche la proclama, "el relato" único. El aparato de propaganda gubernamental trabaja intensamente para que, secuestrando la de los medios, la voz *única* del demagogo se transforme en pensamiento *único* de la ciudadanía.

El narcotráfico y sus vinculaciones políticas, la corrupción policial e institucional están en el origen de algunos sucesos espeluznantes en México, el país más peligroso de América para ejercer el

periodismo según RSF, con ocho informadores asesinados —cinco sin esclarecer—, con Veracruz y Oaxaca como los estados más peligrosos para los reporteros convertidos en blanco de mafias y políticos locales cuando denuncian la corrupción institucional. El asesinato de Rubén Espinosa, que se refugió en Ciudad de México tras huir por amenazas de muerte de Veracruz donde trabajaba, fue tan brutal que despertó una ola de indignación ante la desprotección de los profesionales de la información e impulsó la aprobación de la Ley de Protección a Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas del Distrito Federal que llevaba gestándose varios años. No obstante, el informe sobre la escalada de violencia de los últimos meses de 2015 emitido por la delegación de la CIDH que visitó el país tras recibir más de 500 denuncias por violación de dichos derechos, fue rechazado por el gobierno priista alegando que “no reflejaba la situación del país”.

Los gobiernos justifican la represión del periodismo libre y de toda disidencia incluso con la excusa de la celebración de procesos electorales “democráticos”. En el último año se celebraron en África quince elecciones presidenciales que, “en muchos casos, constituyeron el telón de fondo de violaciones y restricciones de derechos humanos. Al menos once países africanos prohibieron manifestaciones y realizaron detenciones arbitrarias de opositores políticos, defensores de los derechos humanos y periodistas, como denuncia AI. La intolerancia radical a la disidencia no es exclusiva de América, Asia o África, donde los gobiernos de turno recurren a draconianas restricciones de la libertad de pensamiento y de prensa. En la “paradisíaca” Tailandia, se cumplió en mayo el primer aniversario de la declaración de la ley marcial y la toma del poder por el ejército, con la detención secreta, sin cargos ni juicio y en campamentos militares, a periodistas junto a profesores y políticos disidentes, y con condenas de hasta 60 años a quienes expresaron su descontento por *Facebook*.

Los periodistas ante el futuro incierto de los derechos humanos

La lectura de los informes de AI y de RSF nos enfrenta a una realidad que no es nueva: violación de los derechos humanos,

entre ellos la libertad de expresión, que se intensifican y se focalizan en el periodismo en muy diversos contextos, siempre peligrosos. ¿Por qué este ensañamiento con el periodista? Caben múltiples respuestas, pero la fundamental es que su palabra y su testimonio pueden constituirse en el antídoto contra la perduración y la expansión del terror, del populismo, de los fundamentalismos, de la delincuencia, de la corrupción de los autócratas, de los excesos del poder político y de los intereses comerciales. Pero sobre todo, pueden llevar a la libertad de pensamiento de los pueblos.

Contra el silencio impuesto, la voz de los periodistas, valiente hasta la temeridad no deseada pero imprescindible para cumplir con su profesión en un mundo convulso y violento, se transforma en un arma poderosa a la que temen quienes buscan la impunidad para sus crímenes. Volviendo a Harper Lee, asumen el riesgo con valentía porque “uno es valiente cuando sabiendo que la batalla está perdida de antemano, lo intenta a pesar de todo y lucha hasta el final pase lo que pase”. Los periodistas no son ruiseñores que canten para alegrarnos ya que sus crónicas y reportajes no nos presentan más que dolor e injusticias; pero “hay hombres en este mundo que han nacido para cargar con las tareas desagradables de los demás”, y a ellos les ha tocado hacerlo. Por eso, y porque no podemos permitir que se silencie su voz, tenemos que sumar la nuestra a la suya.

En los países occidentales, desde donde escribimos estas líneas, la situación no es tan dramática. Pero también vivimos esta problemática con el trasfondo de la amenaza terrorista, que ha vuelto a poner en primer plano la tensión entre libertad y seguridad. Desde la *Patriot Act* de Estados Unidos (2001) a las últimas medidas de Hollande en Francia o la llamada “Ley Mordaza” en España, encontramos una tendencia similar. Tanto los intereses económico-comerciales como ciertos juegos de poder exigen estar atentos para garantizar la libertad de prensa y el pensamiento crítico de la ciudadanía. ■

SALTERRAE

Aristide Fumagalli

La cuestión del *gender*

Claves para una antropología sexual


SALTERRAE


Presencia
Teológica

ARISTIDE FUMAGALLI

La cuestión del *gender*

*Claves para una
antropología sexual*

152 págs.
P.V.P.: 12,90 €

La diferencia entre el varón y la mujer es hoy objeto de contestación por la más reciente cultura sexual, que reivindica el derecho a definir de otro modo el género sexual y tiende a disolver la diferencia sexual masculina y femenina. La actual cuestión del *gender* constituye un desafío antropológico que demanda una nueva cultura de las relaciones entre el hombre y la mujer que sea capaz de impedir el abuso del uno sobre la otra y que permita valorar su identidad diferente con vistas a su amor mutuo.


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
